

Teléfono móvil y biblioteca pública

LO PUEDO DECIR MÁS ALTO
PERO NO MÁS CLARO: ¡MOLESTIA!

LA MOSCA "COJONERA"

Susana Ramos

En el número 24 de Mi Biblioteca publicamos un texto sobre la utilización del teléfono móvil en la biblioteca y su consiguiente molestia para los demás usuarios en un lugar público. Aquel artículo cuestionaba la molestia de estos aparatos frente a la necesidad de usarlos. Ahora mostramos una segunda versión en la que su autora responde en cierto modo a aquel primer artículo con una postura contundente: nada de necesidad, simplemente molestia.

Querida compañera del metal (del vil metal): Tras leer tu artículo “El móvil en la biblioteca: ¿molestia o necesidad?”, de la pasada edición de primavera de esta nuestra común y plural revista del gremio, pero de singular y posesivo título, *Mi Biblioteca*, que, además de informarnos, también nos ofrece, a modo de muro, la posibilidad de expresar nuestras opiniones... no me queda otra que contestar, en respuesta a la tuya, un rotundo y en mayúsculas MOLESTIA (por no decir JODIENDA).

Te envío, además, mi más sincera enhorabuena, y te presento mis respetos y profunda admiración, aunque con reservas, por el talante, comportamiento e inteligencia que se entrevé en tus palabras. ¡No como otras! Véase esta servidora, que es bastante cafre, torpe e intolerante con determinadas actitudes de los usuarios de su (mi) biblioteca.

Nunca he sido mitómana. Pero, a partir de ahora, quiero ser como tú: una persona civilizada que, lejos de prohibir, pegar carteles y crear normas con carácter de ley, invite, sugiera, anime amistosamente al usuario, a silenciar sus móviles. Pero no. NEGATIVO (también en mayúsculas). A mí me sale del alma (por no decir de...) un rotundo y contundente “Sssshhhh”, al que acompañaría con la estampa de un sello en la frente que rezara “EXPULSADO” (por tocapelotas).

Mi realidad es bien distinta. Y no porque yo esté sorda, o en mi pueblo gocemos de falta de cobertura, ni porque en mi biblioteca gastemos inhibidores de telefonía móvil, ni porque los usuarios estén hechos de otra pasta, carezcan de móviles, los apaguen como deferencia al prójimo, los pongan en modo silencio, sufran períodos de amnesia a este respecto, o reciban cursillos formativos de comportamiento y uso de móviles en la biblioteca. ¡Qué va! Aquí el paisano presume de idénticas costumbres que el tuyo. ¡Cómo vamos a ser menos! ¡Ni hablar! Pues, mira por donde, ahora voy a ser yo la que hable, alto y claro, y sin móvil (conste).

Como te digo, aquí nadie sufre ese tipo de crisis con la que alguna vez todos los bibliotecarios hemos soñado (algunos con más frecuencia y *mala milk* que otros, no me lo neguéis). Aquí nadie olvida el móvil en casa. Nadie lo apaga al llegar. Nadie habla bajito, con discreción y disimulo, casi avergonzado. ¡Ni hablar! (¡Qué expresión más al caso! Caso-asco... ¡Curioso!).

Es más, aquí es que no entra nadie sin móvil. Las jóvenes generaciones, las de las nuevas tecnologías, aquellas que no han conocido la vida sin él, se han hecho dependientes, casi adictas. Yo, sin embargo, ya talludita, y aunque dependiente de asuntos confesables (sin el Prozac no atiendo al usuario, directamente pego), presumo de haber vivido algo más,



otros tiempos, además de estos: los de la telefonía fija y casi los del tam-tam y las señales de humo. En fin, me refiero a haber tenido la oportunidad de cultivar otras formas de relacionarme, y a practicar incluso la literatura epistolar y, por tanto, la ortografía, tan a la baja en la actualidad. Pero, bueno, esto daría para otro debate.

Continuando con el tema que nos ocupa, dile tú ahora a un joven usuario (en su más amplio sentido de la palabra) que deje el móvil en la mesilla de noche o, simplemente, en silencio. ¡No sin mi móvil! Definitivamente nos estamos volviendo locos. Bien está que le saquemos partido, incluso de paseo, a las nuevas tecnologías (estaría mal que un

Aquí nadie olvida el móvil en casa. Nadie lo apaga al llegar. Nadie habla bajito, con discreción y disimulo, casi avergonzado. ¡Ni hablar!



bibliotecario dijera lo contrario), pero que nos dé una angina de pecho o una subida de tensión porque en determinada coyuntura prescindamos de ellos...

En mi caso particular (ya sé que debería tratármelo también pero perdóname la catarsis), a mí me tocan las... narices dos asuntos muy concretos: uno, que se trate de un sitio público o privado, de pago o no, haya que educar al prójimo sobre lo que es obvio. Vamos, que para mí lo mismo es un cine, que un teatro, un concierto o una biblioteca. No se puede hablar y punto pelota (por lo de que me las tocan). Y el segundo asunto es el relativo a la descarga de tonos, politonos y músicas varias en calidad de timbre de los aparatos en cuestión. Como no tenemos

bastante con escuchar las carreritas por las salas, las conversaciones a voz en grito en los pasillos o cuartos de baño mientras haces tus miserias... ahora también tenemos que oír la melodía (por llamarlo de alguna manera) de moda. Que digo yo, pero ¿no podríamos volver al clásico “rin-rin” setentero de toda la vida de Dios o quizá al “piticlín-piticlín” de los 90? ¡Pues no! Ahora eso está demodé y se llevan otras cosas más extravagantes. ¿De verdad que a ti te resulta gracioso oír determinada musiquilla? Porque a mí no me hace ninguna gracia.

Además, como los usuarios vienen a piñón fijo, tienen sala y butaca asignada, y son animales (con perdón) de costumbres... esas cantinelas que, en otro lugar (una disco, un guateque, etc.), tendrían su punto, a mí se me encajan machaconamente en las meninges y me obsesionan hasta enfermar. Y, lejos de producirme dolor de cabeza, lo que me producen es diarrea. Y, claro, es la pescadilla que se muere de la cola: voy al baño y resulta que me encuentro en el pasillo una cola que te cagas (nunca mejor dicho), y este petado cual locutorio, con un cruce de conversaciones de besugos y, por supuesto, las puertas de los *toilettes* siempre abiertas. Mientras espero a que la cola avance, me acuerdo del arquitecto que diseñó el excusado de los ¿caballeros?, al lado pero antes que el de las señoras, y con los es-

Bien está que le saquemos partido a las nuevas tecnologías, pero que nos dé una angina de pecho o una subida de tensión porque en determinada coyuntura prescindamos del móvil...

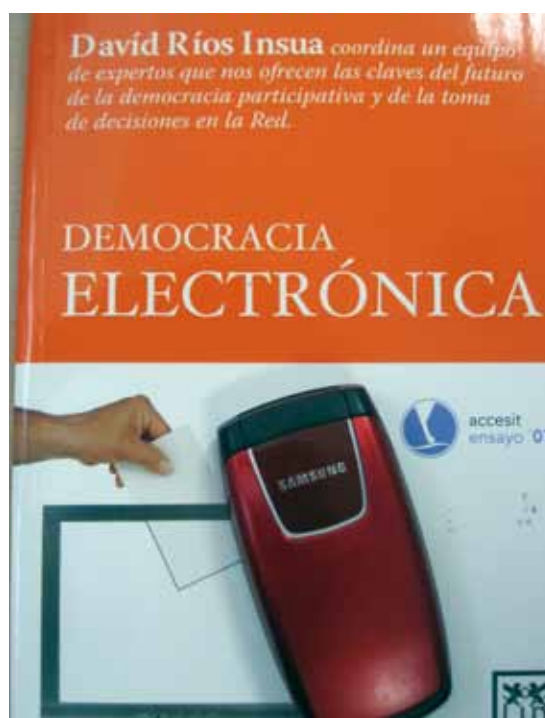
pejos en situación estratégica, para que no pierdas detalle (si hasta podría hacer un asiento bibliográfico de cada usuario, deteniéndome en el área de descripción física, con sus centímetros y todo). Y, claro, luego, a la hora de oír una melodía o hacer un préstamo a determinado individuo, se me producen unas asociaciones mentales que son las que me causan las diarreas (físicas y mentales). Sigo: unos entran, otras salen, algunos hacen pis, otros hacen pos, y la mayoría grita “¡Dimeeeee!” Y dime (valga la redundancia) tú cómo en esta situación haces de vientre. No vaya a ser que se te escape una “palabra” más alta que otra y encima te llamen pedorra y te quedes de por vida con el sobrenombre de “Kasman”. Pues, nada, te levantas los pantalones y vuelves a tu sitio con resignación y fuertes retortijones

de tus sufridas chistorras castellanas. Y esto no lo arregla ni el bífidus ese del Activia. Porque a mí lo único que se me “activa” es la mala leche, y esta, ya se sabe, es astringente. En confianza, lo mío y lo de esta sociedad va de mal en peor. Si aún las dichas melodías dijeran “Si tu me dices ven, lo dejo todo...”, “Cachito, cachito, cachito mío...” o “Tú eres la camarera de mi amor...”. Pero no. Ahora se llevan letras del tipo “Shami, shami... waka, waka... porque esto es África”. Pues, mira, sí, que me perdonen los de allí, pero lo de aquí es tercermundista y una merienda de negros. Y esto sin olvidar que sí,

Nada de carteles, nada de sugerencias, nada de “un poquito de por favor”. Yo soy más del “donde las dan, las toman” o, lo que es lo mismo, “ojo por ojo, diente por diente”.

después de tocarte los bemoles (los de la música y los otros), te tocan el waka-waka es que estás de suerte, compañera. Porque frente a la Shakira están el “Follow the leader, leader, leader...” o “El meneíto, el meneíto, ahí, ahí...” (o ay, ay..., que aún no logro discernir), “El venao”, “El tiburón” y hasta “El tiguerrón” (no coment). ¿Y qué me dices de cuando el Chiquilicuatre puso de moda lo de: “1. El meneíto, 2. El crusaíto, 3. El brikindans, 4. El Maikelyason...” y un usuario detrás de otro salían al pasillo marcándose la coreografía en cuestión? Claro, no te queda otra que morderte la lengua detrás del mostrador para no gritar “5... seguido de una obscena rima”.

Ahora que, lo peor no es la juventud sino el usuario retro a la par que hortera. Aquel entradito en años, muchas veces ya teniente, que también hace uso de las nuevas tecnologías, y que acaba de llegar de Benidorm, de un marchoso viaje con el Imsero, mientras tu estás negro (y no precisamente de moreno) y lleva grabado a fuego melodías veraniegas inolvidables del tipo “El chiringuito...” con todos sus chorizos parrilleros o aquel “Mami, ¿qué será lo



que quiere el negro...?”. Pues, mira, no sé lo que querrá el negro ni me importa, pero yo lo tengo claro: quiero silencio, educación y respeto al prójimo.

Por favor, dime que esto solo sucede en los pueblos, en algunos, y que en otras bibliotecas, como las del CSIC y las universidades, los científicos, los profesores e investigadores de este país tienen otro *modus operandi* y, en el peor de los casos, se oyen “Las cuatro estaciones” de Vivaldi o la peor, y por cuestiones de contenido semántico, aquella del Puma “Numerá, numerá, viva la numeración...”.

Así que, ya ves, la diferencia entre tu biblioteca y la mía es mínima. No estriba tanto en el tipo de usuarios como en el tipo (o tipa) en el que me estoy convirtiendo yo, una declarada insumisa y reconocida objetora de conciencia. Nada de carteles, nada de sugerencias, nada de “un poquito de por favor”. Yo soy más del “donde las dan, las toman” o, lo que es lo mismo, “ojo por ojo, diente por diente”. Ya que somos tan modernos, por qué no, al tiempo que realizamos un préstamo y desmagnetizamos el documento, pinchamos aquellas clásicas “Adiós con el corazón...”, “Arrivederci, fiero...” o, aún mejor, lo de “Mueve tu cu-cu...”, a ver si desalojan y no vuelven. ▀